

larga. Deberías pedir consejo á la señora Brécart; no he visto matrimonio que se lleve mejor.

Camila se estremeció; estaba lívida, sus ojos lanzaban llamas.

—¿Te has disgustado con ella?

—No es un disgusto, es una ruptura completa. No hablemos más de esto ó me incomodaré con usted.

Isabel miró con atención á su sobrina y una sospecha de la verdad cruzó por su cerebro. Aquel continuo malhumor, aquellos paseos nocturnos, aquella irregularidad de costumbres ¿no comenzó con la llegada de los Brécart?

Isabel movió la cabeza y, dando las buenas noches á su sobrina, se retiró sin añadir una palabra.

XIV

El matrimonio se celebró el 9 de Diciembre, con la mayor rapidez posible; Mirmont no era hombre para llevar las cosas con calma. La ceremonia fué magnífica; funcionaron los órganos, se encendieron los cirios, se alfombró el altar permaneciendo los suizos de la iglesia con las alabardas terciadas, no faltó nada. Hubo en el templo un millar de concurrentes. Del centro se destacó Mirmont conduciendo de la mano á Camila vestida de *cachemir* blanco, semejante á una estatua antigua, reformada por la moda moderna, con aquellos pliegos suaves que tanto agradaban á los romanos.

No le desagradaba á Gustavo Mirmont, condecorado el día antes, mostrar á toda la sociedad parisién, que se casaba con una joven sin fortuna, ¡esto indica en muchos casos que un hombre lo hace por amor!

Los diamantes que Camila llevaba en el cuello y en las orejas, sus monturas nuevas y relucientes indicaban que concluían de salir de la joyería. Era un regalo del feliz novio.

—Permítame usted—le dijo Camila—que no me los ponga para la ceremonia; quiero casarme con los adornos que mi pobreza me permite.

—Perdón, si soy de parecer contrario—repuso Mirmont—á mí me conviene demostrar que la estimo y este obsequio afirma mi ternura.

Camila obedeció; además la belleza de los diamantes es cosa harto agradable para que una mujer se niegue á adornarse con ellos.

Los esposos Brécart fueron invitados á la ceremonia á pesar de la oposición de Camila, que al saberlo se hubiese incomodado; pero Mirmont con su suspicacia supuso que no asistirían, contentándose con enviar tarjetas.

Al terminar el banquete de bodas los recién casados tomaron el tren para pasar en Niza ocho días. Los esposos Frogé, después de acompañarlos á la estación, regresaron á su casa.

—¿Y bien?—dijo Isabel que en su cualidad de mujer era más atrevida.

Sebastián después de pasear sus miradas por el comedor revisando los objetos que le eran tan familiares, repuso:

—Pienso que nos hemos quedado muy tranquilos.

—¡Y muy solos!—suspiró Isabel con lágrimas en los ojos.

—Pero muy tranquilos—repitió Sebastián con firmeza.—Isabel, no llores, harías mal en ello.

—Después de siete años de vida común—exclamó la buena mujer—se marcha de este modo.

Sin pesar, Isabel, sin acordarse de nosotros, y he aquí por qué seríamos unos insensatos al afligirnos por su causa. Oyeme,—añadió mirando á su esposa con ternura—las gentes creen que soy un viejo chocho, un glo-

tón, que prefiere comer bien y estar cómodo, sobre todas las cosas.

—¡Oh!—exclamó Isabel indignada.

—Deja que las gentes digan lo que quieran; es verdad, me gusta comer bien porque con esto no hago mal á nadie; me gusta seguir mis costumbres porque tienen para mí recuerdos muy queridos, cosas que están en mi corazón; pero yo no soy un viejo egoísta, ¡no Camila es una joven sin corazón; será una mala esposa, á no ser que su marido la sujete con mano firme.

—¡Oh! Sebastián, Camila no es mala—exclamó Isabel en medio de un torrente de lágrimas.

—No es perversa, pero es mala; es orgullosa y egoísta. Impidamos que sufra nuestro corazón por su culpa y tratemos de ser felices, y no vivir mucho tiempo más, pues esto sería un verdadero error.

Los dos, emocionados, con el corazón henchido, dejaron el comedor para ir á instalarse ante el fuego que ardía en la chimenea del saloncito.

Al regresar, los recién casados, se presentaron en sociedad de una manera brillante. Por un momento la política pudo deslucir la carrera de Mirmont, pero es hombre inteligente que sabe amoldarse á las circunstancias y ha cobrado nuevos empujes.

Hacia la mitad de la cuaresma asistieron los esposos Mirmont á una brillante velada musical dada en el ministerio; de pronto se dirigieron sus miradas hacia una pareja que atraía la atención de los concurrentes. Era Brécart y su esposa. El también llevaba una cinta roja

en el ojal, concedida el día anterior y todos se apresuraban á decirle que la había ganado bien.

Al ver á Clara radiante de alegría, con tranquilo orgullo, muy diferente del que animaba á Camila, no pudo ésta reprimir un movimiento de rabia. Sí, Clara era una mujer feliz, gozaba del triunfo de su esposo, no solamente con su orgullo, sino también con su ternura.

—Vámonos—dijo á su esposo—me has prometido que nunca volvería á verlos.

—Quieres que haga un papel ridículo—repuso Mirmont, sonriéndose con dulzura.—Brécart es uno de los hombres más influyentes que hay aquí, y no puedo correr el riesgo de hacerle enemigo mío.

—Pero tú me prometiste...

—Te prometí no llevarte á su casa, ni hacerles venir á la mía, pero nunca el impedir que en sociedad pudieses encontrarte con ellos.

Estrechó ligeramente la mano de su esposa que se apoyaba en su brazo, la acompañó hasta un asiento, para ir después á reunirse al grupo que rodeaba á Brécart.

Camila empieza á sufrir, desde que se pregunta si debe continuar estimando á su marido, y la pregunta no es fácil ni agradable de contestar. Además, el cielo se ha encargado de castigarla, pues ella, que detesta á los niños, muy pronto será madre, y personas competentes se preguntan si el cielo, en su clemencia, no le otorgara unos gemelos. Esto el tiempo nos lo ha de decir.

FIN

PO
.D
A